

Ignacio del Río

*El noroeste del México colonial
Estudios históricos sobre Sonora, Sinaloa
y Baja California*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

214 p.

(Serie Historia Novohispana, 77)

ISBN 978-970-32-4292-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de enero de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/noroeste/estudios.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAZADORES-RECOLECTORES EN LA BAJA CALIFORNIA MISIONAL: UNA TRADICIÓN CULTURAL EN CRISIS¹

Me refiero en esta ponencia al proceso de contacto que se dio entre los cazadores-recolectores de la península de California y la población inmigrante de cultura europeo-cristiana que se fue asentando en dicha península desde fines del siglo XVII. El análisis que aquí hago de dicho proceso supone la asunción de varios principios teóricos generales, de los que quiero hacer explícitos los siguientes:

- 1) el hombre es un ente de cultura; es la posesión de una cultura lo que lo distingue y define como hombre;
- 2) las culturas proveen a sus portadores de elementos para contender con el medio natural y para convertir a éste, de un modo más o menos precario, en un hábitat humano, y
- 3) las culturas particulares son siempre sistemas abiertos, y por lo tanto, dinámicos; pero resultan históricamente viables solamente hasta el punto en que su transformación no cancele irreversiblemente su eficacia como instrumentos de sobrevivencia de las sociedades que las portan.

El proceso de contacto interétnico al que voy a referirme se dio bajo una serie de condiciones específicas que quiero puntualizar en seguida, para dar así sustento a las consideraciones que haré más adelante.

Antes de que se iniciara la ocupación colonial de la península de California no existían en aquella porción del continente americano sino grupos humanos que vivían de la recolección, la caza y la pesca. No quisiera comprometerme en un cálculo sobre el tamaño de la población

¹ Este trabajo se presentó en calidad de ponencia en el simposio titulado “Nómadas y sedentarios en el norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff”, celebrado en 1995 en la ciudad de Durango, Dgo. Se publicó luego en las memorias de dicho simposio, cuya edición fue coordinada por Marie-Areti Hers *et al.* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, p. 583-590). Es de señalarse que en esa edición se le hicieron al texto original muchas modificaciones “de estilo” sin autorización del autor.

aborigen existente en la Baja California hacia el tiempo en que se inició allí el contacto hispano-indígena. Diré tan sólo que quienes se han ocupado en indagar sobre este punto —Sherburne F. Cook, por ejemplo— ofrecen cifras que exceden los cuarenta mil individuos.²

Estaban todos esos pobladores agrupados en bandas cuyo número total tampoco es fácil de determinar, aunque no faltan referencias documentales sobre las bandas que poblaban originalmente ciertas localidades. Sabemos, por ejemplo, que en un territorio de unos ciento veinte kilómetros de largo y una anchura máxima de unos cincuenta kilómetros, donde se asentaron las misiones de Loreto y San Francisco Javier, se localizaban en un principio veintinueve bandas.³ En la zona comarcana de la misión de La Purísima Concepción, muy amplia por cierto, estaban dispersas treinta y dos rancherías, cuyos respectivos paraderos principales se hallaban separados por distancias que iban desde una hasta diez leguas,⁴ esto es, desde unos cinco hasta unos cincuenta kilómetros. Creo que es necesario pensar que los territorios de recorrido se conformaban en todo caso alrededor de los nichos bióticos de mayor potencialidad para la recolecta y que pudo haber áreas que por sus condiciones fisiográficas no eran objeto de una ocupación humana estable y que permanecían, por lo tanto, como tierra de nadie. Respecto de las posibles extensiones de los territorios de recorrido considero que hay bases para proponer, con las debidas reservas, un rango que iría de los veinte a los ciento cincuenta kilómetros cuadrados.

Según un testimonio de principios del siglo XVIII, las bandas de cazadores-recolectores de la Baja California —a las que los misioneros se referían como “rancherías”— comprendían de unas veinte a unas cincuenta familias,⁵ así que podemos suponer que eran unidades sociales formadas por unos doscientos individuos o menos. A los ojos de los observadores externos, esas rancherías aparecían como claramente identificables, no tanto por los vínculos de parentesco que existían entre sus miembros cuanto por el hecho de que cada grupo tenía un territorio de recorrido propio cuya extensión, decimos nosotros, estaría

² Vid. S[herburne] F. Cook, *The Extent and Significance of Disease among the Indians of Baja California, 1697-1773*, Berkeley, University of California Press, 1937 (Iberoamericana, 12), p. 14.

³ Francisco María Pícolo, *Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702, y otros documentos*, ed. de Ernest J. Burrus, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1962 (Colección Chimalistac de Libros y Documentos acerca de la Nueva España, 14), p. 53-56.

⁴ *Carta del padre Nicolás Tamaral al visitador [1730]*, Archivo General de la Nación, México (AGNM en lo sucesivo), *Historia* 21, f. 165v-167v.

⁵ F. M. Pícolo, *op. cit.*, p. 63.



seguramente determinada por el tamaño de la banda y la disponibilidad de recursos naturales. Esta forma de organización en pequeñas unidades sociales ostensiblemente diferenciadas y autónomas, típica de los cazadores-recolectores, cumplía, entre otras, la función de regular la distribución de la población en el espacio. Tanto los mecanismos internos de cohesión del grupo como las relaciones intergrupales —entre ellas, las mismas fricciones fronterizas— debieron tener una relación funcional con la necesidad de preservar, por un lado, la exclusividad en el aprovechamiento de los recursos naturales en cotos determinados y, por el otro, la estabilidad de la división territorial.

Considero que esta doble necesidad que señalo resulta de obligada consideración cuando se trata de comprender las formas, contenidos y funcionalidad de las culturas de los californios —y yo diría que de las de todos los grupos de cazadores-recolectores—, y así también cuando nos proponemos analizar los cambios que esas culturas experimentaron al presentarse una situación de contacto interétnico como la que ahora paso a referir.

El año de 1697 se inició en la península el proceso de fundación de misiones. Fueron en un principio, y hasta 1767, establecimientos administrados por padres jesuitas. En esos setenta años llegaron a fundarse diecisiete centros misionales, de los que, al tiempo de la expulsión de los jesuitas sólo perduraban catorce.⁶ Se diseminaban estos centros sobre unos dos tercios de la superficie peninsular, desde la región de Los Cabos hasta un poco al sur del paralelo 30°, latitud norte. Tras la expulsión de los jesuitas en 1767, las misiones establecidas quedaron al cargo de misioneros franciscanos de 1768 a 1772, y luego de misioneros dominicos. Los franciscanos hicieron una nueva fundación misional al norte de los territorios en que habían actuado los jesuitas;⁷ los dominicos, a su vez, fundaron nueve establecimientos misionales, todos en la parte septentrional de la península y cargados hacia la costa del Pacífico.⁸

⁶ Vid. Ignacio del Río, *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984 (Serie Historia Novohispana, 32), p. 66.

⁷ F[rancisco] Palou, *Noticias de la Nueva California*, 2 v., México, Imprenta de Vicente García Torres, 1857 (Documentos para la Historia de México, cuarta serie, VI y VII), v. I, p. 170-175.

⁸ Vid. Peveril Meigs, III, *La frontera misional dominica en Baja California*, trad. de Tomás Segovia, pról. de Miguel León-Portilla, notas de Carlos Lazcano Sahagún, México, Secretaría de Educación Pública/Universidad Autónoma de Baja California, 1994 (Colección Baja California: Nuestra Historia, 7), p. 63-93.

Hago mención de todas estas fundaciones hechas por religiosos porque fue en esos asentamientos de carácter misional donde se inició y se hizo estable el contacto hispano-indígena. Desde el momento en que fueron quedando establecidas, las misiones se convirtieron en polos de atracción para la población autóctona y, al paso del tiempo, en formaciones sociales definitivamente hegemónicas en sus respectivos ámbitos locales.

El reparto de alimentos fue un recurso que utilizaron los misioneros para atraer a los indios y para retenerlos en la misión el mayor tiempo posible. El que los indios asistieran al pueblo propiciaba las tareas de evangelización, con todo lo que esto implicaba: cambios en la mentalidad y, por supuesto, en la práctica social de los naturales. A los californios se les ganaba la voluntad “por la boca” —es decir, con alimentos—, hasta el punto de llegar a mantenerlos fuertemente ligados a la misión y rendidos. Reconocía un misionero que a esos indios se les conquistaba esencialmente con el maíz.⁹ No se tome esta indicación que hago como un intento de apuntalar la idea de la “conquista pacífica” o de ignorar el papel que en esto desempeñaron las fuerzas militares, que nunca llegaron a ser muy numerosas, pero que fueron sin duda suficientemente efectivas.

Es obvio que al indio californio, al cazador-recolector, se le podía retener en la misión en la medida en que hubiera recursos con que alimentarlo. Para ello servían la producción local, que fue por lo común muy limitada por las condiciones naturales del territorio peninsular, y los bastimentos llevados de fuera. En los principios de la conquista, los misioneros se habían propuesto sustentar a todos los indios “que se juntaban en los pueblos, a trueque —apuntó un cronista jesuita— de que no viviesen vagantes por los montes y pudiesen ser instruidos por la fe”,¹⁰ pero el hecho de que las misiones, aun cuando hubiesen desarrollado una producción agrícola local, no se dieran abasto para mantener sino a cortos grupos de nativos, demostró de manera evidente que los pueblos formados en la península alcanzaban muy pronto un límite crítico de crecimiento.

El contacto con la misión hacía posible que los indios, además de ser evangelizados, se adiestraran en las labores agrícolas, pecuarias y artesanales, integrándose así a las tareas productivas. Pero como

⁹ Ignacio María Nápoli, *Relación del padre... acerca de la California, hecha en el año de 1721*, ed. y nota preliminar de Roberto Ramos, México, Editorial Jus, 1958 (Documentos para la Historia de Baja California, 2), p. 12.

¹⁰ Miguel Venegas, *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, 3 v., México, Layac, 1944, v. II, p. 158.

no toda la población indígena podía estar a un mismo tiempo en la misión, ese adiestramiento y esa incorporación al trabajo productivo propio de las sociedades sedentarias se efectuaban de modo intermitente. Con el propósito de no perder el contacto con todo el conjunto de rancherías adscritas a cada misión, los padres jesuitas establecieron un sistema que llamaré de visitas alternadas. Consistía en hacer que un cierto número de rancherías asistiera a la misión durante un periodo que regularmente era de una semana, cumplido el cual esas rancherías debían retirarse a sus zonas habituales de residencia, dándose así la oportunidad de que otro conjunto de rancherías pasara a la misión a cumplir asimismo su periodo semanal. Los jesuitas establecieron el sistema y, en su momento, lo siguieron también los franciscanos y los dominicos.

Quiero señalar que fue táctica común de los misioneros hacer que los californios dejaran en la misión y al cuidado del respectivo ministro a los niños que hubiesen cumplido los seis años. A esos pequeños pobladores se les alimentaba en la misión durante algunos años, en el curso de los cuales se procuraba instruirlos en las cosas de la vida cristiana. Los niños catecúmenos permanecían en el pueblo hasta que, llegados a la pubertad, se reintegraban a sus comunidades de origen.

Tenemos, pues, que en las misiones peninsulares podían distinguirse dos tipos de habitantes: un reducido número de pobladores fijos, que eran el sacerdote, uno o dos soldados con sus familias y un corto número de californios, entre los que se contaban los que habían pasado a ser trabajadores domésticos y los niños que se mantenían bajo el cuidado directo del misionero; y una población flotante formada por los indios que visitaban temporalmente la misión, que eran los más y que, como he dicho, tras de pasar unos días en el pueblo volvían a sus territorios de procedencia. A la larga, toda la población indígena de cada una de las circunscripciones llegó a estar vinculada con su respectiva misión, pero no toda pudo quedar, como se decía, “reducida a pueblos”. He podido establecer que, hacia 1755, tan sólo el 29.9 por ciento de la población autóctona del área de misiones se hallaba asentada más o menos de fijo en los pueblos; sumaba esa población alrededor de mil ochocientos individuos. El resto de los catecúmenos californios —a la sazón unos seis mil individuos— tenía solamente cortas estancias en las misiones y seguía manteniéndose la mayor parte del año de la caza y la recolección.¹¹

¹¹ Vid. I. del Río, *op. cit.*, p. 140-143.

Un hecho que es necesario señalar y que plantea desde luego un problema de análisis histórico-antropológico es el de que, a raíz del establecimiento de las misiones, la población indígena peninsular empezó a disminuir drástica e irremediamente. Aun si pensáramos que resultan inciertas las cifras globales de población que aparecen ya en testimonios históricos directos, ya en estudios modernos, bastaría considerar algunos recuentos de carácter local para convencernos de que en tiempos de las misiones los indios se fueron acabando de manera acelerada. Pongo un par de ejemplos a título meramente ilustrativo: hacia el año de 1730, la misión de La Purísima Concepción tenía bajo su férula 1 496 indios,¹² población que, treinta años más tarde, se había reducido a tan sólo 295 individuos;¹³ la misión de San Francisco de Borja registraba en 1762, año de su fundación, una población de 2 059 indios,¹⁴ de los que, poco más de veinte años después, sólo subsistían 666.¹⁵

Una pregunta se vuelve ineludible a la vista de estos datos: ¿por qué se produjo tal derrumbe demográfico en la Baja California de las misiones?

Diré a propósito de esta cuestión que hay factores causales que resultan ostensibles y que deben ser tomados en debida cuenta. Es evidente, por ejemplo, que las enfermedades que llegaron a la Baja California con la población forastera (viruelas, sarampión, sífilis, entre otras) causaron una gran mortandad entre los aborígenes. Sabemos de la difusión de esas enfermedades en la península y de la severidad con que afectaron a amplios sectores de la población nativa.¹⁶ Sin embargo, me parece que sería simplista sostener que el acabamiento de los californios se debió exclusivamente a las epidemias. Lo mismo podría decir respecto de la violencia directa que el sector armado de los inmigrantes ejerció contra los californios, violencia que acumuló desde luego un saldo rojo que hay que reconocer que a la larga fue significativo, pero que no llegó a ser totalmente aniquilante.

De efectos más generales y definitivos, pienso yo, fue el impacto que las misiones —con sus hombres, su cultura, sus formas de vida, su emergencia como polos de atracción y dominación— tuvieron en

¹² *Carta del padre Nicolás Tamaral al visitador* [1730], AGNM, *Historia* 21, f. 169.

¹³ *Noticia de la visita del padre Ignacio Lizassoán...*, Biblioteca de la Universidad de Texas, Austin, *Colección W. B. Stephens* 47, f. 1-3.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Informe de fray Andrés Souto*: San Borja, 1783, AGNM, *Provincias Internas* 1, f. 352.

¹⁶ A este respecto, *vid.* S. F. Cook, *op. cit.*

la organización social y en la cultura tradicionales de los californios. Sobre este problema voy a hablar en el tiempo que me queda.

Para los cazadores-recolectores de la península, el acceso a la cultura de las misiones estuvo por supuesto abierto, aunque las adquisiciones culturales tuvieron siempre la marca de lo que, siguiendo a Foster, llamaremos una “cultura de conquista”.¹⁷ Ahora bien: ese proceso de acceso a la cultura de las misiones tuvo como contraparte el desprendimiento paulatino de los californios respecto de una serie de rasgos o complejos de rasgos que eran propios de su tradición cultural y, algunos de ellos, altamente funcionales para responder con eficacia a sus necesidades básicas de cazadores-recolectores. No habría tiempo para detallar aquí las distintas pérdidas culturales que experimentaron los californios y que pueden ser plenamente documentadas, así que diré tan sólo que esas pérdidas se produjeron por un desplazamiento provocado por los rasgos adquiridos o por un prolongado desuso. El hecho, que ya he señalado, de que buena parte de los niños californios viviera en la misión durante varios años, quizá los más importantes dentro del proceso de asimilación de la cultura de sus congéneres, debe hacernos pensar que el inevitable reemplazo generacional contribuyó continuamente a empobrecer las tradiciones culturales autóctonas. Hemos de considerar que, en la medida en que perdieron rasgos o segmentos de rasgos altamente funcionales, sobre todo los relacionados con la organización social, las culturas autóctonas también se fueron desarticulando, esto es, experimentando un creciente debilitamiento de su unidad orgánica.

En otro trabajo mío examino todo este proceso con el detalle al que aquí no puedo llegar.¹⁸ Pero, aprovechándome de la ocasión de este foro, quiero hacer un señalamiento que me parece de la mayor importancia y que, a decir verdad, apenas quedó insinuado en el otro trabajo.

Desde que los fundadores de misiones penetraban en un nuevo territorio y empezaban a tener contacto con las distintas rancherías del rumbo se empezaban a alterar por lo menos algunas de las rutinas de movilización de la población autóctona. En un principio eran los misioneros y sus acompañantes los que acudían a los parajes que eran propios de cada ranchería, para que se produjera allí el primer reconocimiento mutuo y quedaran impuestos los indios de la presencia e

¹⁷ Cfr. George M. Foster, *Cultura y conquista. La herencia española en América*, trad. de Carlo Antonio Castro, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1962, 470 p. (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, 14).

¹⁸ I. del Río, *op. cit.*

índole del grupo forastero. Se hacían entonces intercambios de regalos, en su mayor parte de especies alimenticias. Pero una vez fundada una misión, y establecida ya como regla la distribución de maíz a los indios que se acercaban al establecimiento, las ranherías tendían a salir de sus territorios de recorrido para hacerse presentes en la misión. Esos desplazamientos, seguramente inusuales entre los cazadores-recolectores, podían llegar a ser de una gran amplitud. Para visitar la misión de Loreto, por ejemplo, la gente de una ranhería llamada Lopú tenía que recorrer una distancia de aproximadamente setenta y cinco kilómetros y atravesar los territorios de recorrido de tres o cuatro ranherías distintas. Tales movimientos, que en un principio no dejaban de ocasionar fricciones entre las bandas, deben haber constituido desde luego un factor de relajamiento de las fronteras de los territorios de recorrido.

Hay que admitir que la misión tendió a obrar como una fuerza centrípeta cada vez más incontrastable, que, sin embargo —por lo que hemos explicado anteriormente—, no tuvo el efecto de concentrar extensiva y definitivamente a la población autóctona en los centros misionales. Así, la movilización poblacional provocada por la existencia y funcionamiento de las misiones, orientada alternativamente hacia el centro misional y hacia la periferia, hizo que la división más o menos fija del espacio, que resultaba vital para los cazadores-recolectores, se volviera cada vez más imprecisa e inestable.

Otro proceso que se fue dando en forma paralela a este que he mencionado es el de la continua descomposición de las unidades sociales básicas de los cazadores-recolectores. El trato discriminatorio que solían tener los misioneros con los indios, consistente en favorecer con raciones alimenticias a los nativos que mostraban una mayor sumisión y excluir de los repartos a los que parecían reacios a obedecer, suscitó ya, desde un principio, divisiones internas y un consecuente debilitamiento de la cohesión del grupo.

Obraron en el mismo sentido muchos de los cambios inducidos o promovidos por los misioneros, como la paulatina sustitución de los líderes tradicionales de las comunidades o el abandono de algunos de los rituales que contribuían a afirmar los lazos comunitarios. Muchos de estos cambios tenían sin duda efectos colaterales en la cultura de la población receptora. Podemos pensar, por ejemplo, que, al alejarse de ciertas formas de promiscuidad y adoptar poco a poco el matrimonio monogámico, los californios debieron experimentar cambios consecuentes en los sistemas de parentesco, los valores de jerarquía social, las estructuras internas de poder y las bases sociales de la actividad económica.

Con el establecimiento de las misiones también se propiciaron cambios muy importantes en las relaciones intergrupales. El solo hecho de que diversas ranherías convivieran en la misión aunque fuera por poco tiempo debe haber contribuido a reducir antagonismos tradicionales y a abrir cauces para la interpenetración social de los grupos.

Con el tiempo, muchas ranherías terminaron por fusionarse, orilladas a ello por las nuevas circunstancias de vida y por una deliberada política de los misioneros. Refería el ministro de la misión de San José del Cabo que había juntado “varias ranherías vagantes” y formado con ellas “dos pueblos”,¹⁹ es decir, dos unidades sociales mayores que, pese a que sean aludidas como “pueblos”, no quedaron sedentarizadas. En la misión de Guadalupe, veinte ranherías fueron reducidas a cinco por el ministro del lugar.²⁰ El padre Juan Bautista Luyando afirma que las treinta ranherías que había originalmente en la misión de San Ignacio él las redujo “a unas doce”.²¹ En 1775 se registró la existencia de sólo siete ranherías en esta misma misión.²²

Los equilibrios que originalmente se habían dado entre las formas de organización social de los grupos de cazadores-recolectores y los patrones de distribución del espacio se fueron rompiendo, pues, a partir del momento en que los californios quedaron ligados a una entidad tan extraña a sus milenarias tradiciones como era la misión. Si, por una parte, esas tradiciones se modificaron, empobrecieron y desarticularon, reduciéndose consecuentemente su funcionalidad para hacer operante una economía de apropiación, como era la que practicaban y debieron seguir practicando en su gran mayoría los indios peninsulares, por la otra también ocurrió que el ámbito de eficacia de aquellas menguadas culturas, el espacio social cristalizado por el antiguo poblamiento humano de la península, también entró en proceso de disolución.

El grueso de la población aborígen peninsular no tuvo ante sí una alternativa que asegurara su sobrevivencia histórica. Vinculada estrechamente con las misiones pero impedida a la vez de mantenerse de un modo permanente en la vida sedentaria, la inmensa mayoría de los californios debió seguir viviendo de la caza y la recolección y, según lo que he tratado de explicar, pereciendo también por eso mismo.

¹⁹ M. Venegas, *op. cit.*, v. II, p. 212.

²⁰ *Ibid.*, p. 268.

²¹ *Respuestas dadas al padre Miguel Venegas*: México, 11 enero 1737, Biblioteca Nacional de México, *Archivo Franciscano* 4/60.1, f. 1v.

²² *Autos de visita*: 1775, Universidad de Texas, Austin, *Colección W. B. Stephens* 67, f. 106 y 219.